

La ética y estética del *Advertimiento* en la obra de Quevedo

Hernán SÁNCHEZ MARTÍNEZ DE PINILLOS
University of Maryland, at College Park
hsmdp@umd.edu

RESUMEN

Se describe la obra de Quevedo como una serie de variaciones sobre un antagonismo antropológico y ético: los modos del vivir *advertido* y *divertido*. Autor de ingeniosa prosa festiva y de cientos de poemas satírico-burlescos, Quevedo realizó paradójicamente en su obra grave una crítica moral y metafísica de la *diversión*. Asimismo, poetizó el concepto de diversión (con anterioridad al concepto de *divertissement* de Pascal) dentro de una prolongada *meditatio mortis*. A esta luz se sitúa la filosofía y poesía del advertimiento de Quevedo en el corazón de la tradición occidental, en una trayectoria que se extiende de Sócrates, los Evangelios, Séneca, San Agustín y Vives hasta Gracián, Pascal, Nietzsche y Ortega y Gasset.

Palabras clave: Quevedo, filosofía moral, ética, Pascal.

ABSTRACT

Quevedo's literary works display a set of variations on the anthropological and ethical dichotomy between existential awareness ("*el vivir advertido*") and existential unawareness and aloofness ("*la vida divertida*"). As the author of hundreds of satirical and burlesque poems, Quevedo paradoxically exercised a sustained critique of the concept of "*diversión*". This essay examines the different ways Quevedo gives lyrical expression to the notion of "*diversion*" (Pascal's "*divertissement*") in a life-long *meditatio mortis*.

Quevedo's philosophy and poetry of moral awareness, while rooted in the leading currents of Western tradition (from Socrates, the Gospels, Seneca, Saint Augustine to Luis Vives), anticipates some of the main assumptions in the philosophy of Gracián, Pascal, Nietzsche, and Ortega y Gasset.

Keywords: Quevedo, Philosophy, Ethics, Pascal.

Quevedo, en la tradición retórica de las *Epístolas familiares* de Fray Antonio de Guevara, describió la condición humana dentro de un sistema de oposiciones explícitas: vida y muerte, salud y enfermedad, apariencia y realidad, riqueza y pobreza, ascenso y caída, paz y guerra, la naturaleza y la Gracia. La doctrina moral estoico-cristiana de Quevedo no surge en forma dialógica, sino encerrada dentro de una retórica "de espíritu geométrico", detenida en dualidades metafísicas y morales. Pero por otra parte en la obra imaginativa de Quevedo se

confrontan a menudo fe dogmática y espíritu crítico, ascetismo moral y misticismo erótico, escatología y metafísica. En su escritura más audaz Quevedo desordenó y perturbó las creencias sociales más firmes por medio de contra-situaciones líricas y narrativas: en *El Buscón* el Carnaval y la Eucaristía convergían degradados en un ayuntamiento caníbal en la cena de Alonso Ramplón; las sacralizaciones del impulso erótico singularizan la poesía amorosa; las confluencias entre el mundo “por de fuera” y el mundo “por de dentro” provocan muchos pasajes irreverentes en *Los sueños*, etc. En el fondo, según trataremos de mostrar aquí, tras este mundo ideológico bipolar, o desordenado y subversivo, late una dicotomía antropológica, las llamadas por Quevedo formas de vida *advertida* y *divertida*.¹

Resulta paradójico pero la obra del mayor prosista y poeta festivo del Siglo de Oro, autor de cientos de divertidísimos poemas satírico-burlescos, puede ser leída como una crítica constante de la *diversión*, término y concepto nuevos en el siglo XVII. Los diccionarios recogen *estado divertido*, tras “divertir”, desde 1525, como equivalente de estado “ocioso”, “distráido” o “apartado”, pero también con San Agustín en un sentido teológico moral², apartado del camino que conduce a la salvación, y en convergencia con el sentido moderno de “entretenimiento”. Quevedo hermana pues la diversión a los “deleites” condenados por la patrística y los moralistas cristianos, hasta por ejemplo un Bernat Metge en *Lo Somni*³, y en esa tradición conmina a vivir tres formas (vinculadas) de vida: la religiosa, la *vida advertida* enderezada al bien moral, y la del *humanista* capaz de leer, o *conversar* con los difuntos mejores.

Afin a la antítesis barroca entre engaño y desengaño, entre sueño y despertar, la disyuntiva entre *advertimiento* y *diversión* es bíblica (locura contra la sabiduría o temor de Dios), platónica (la teoría del doble mundo) y escolástica (*vita contemplativa* frente a *vita activa*). Las relaciones entre la obra en prosa, y la poesía religiosa, amorosa y moral de Quevedo en torno a esta encrucijada de *diversión* y *advertimiento* revelan la coherencia de su mundo ideológico y poético: el joven distraído por los placeres y deleites del sueño en *El mundo por de dentro* es un allegado del penitente del *Heráclito Cristiano* y de la poesía moral; el diablo del sueño del *Alguacil endemoniado* o el anciano venerable del mismo “Mundo

¹ Por ejemplo, en la fantasía moral *La hora de Todos y la Fortuna con seso* se oponen el tiempo de la Fortuna y el tiempo de la verdad revelada; el “mundo al revés” -mundo terrenal caído en manos de la Fortuna, mundo de la *diversión*- y los desenmascaramientos sorprendidos por “la hora”, agente de Júpiter y del *advertimiento*.

² San Agustín, tan frecuentado por Quevedo, estructuró, sobre la raíz del latín *vertere*, “girar, hacer girar, dar vuelta, cambiar”, la vida religiosa como etimología retórica metafísica donde las metáforas de movimiento, *reversio*, *aversio*, *perversio* y *diversio*, se resuelven en una *conversio* y *conversatio* con Dios.

³ B. Metge (1985), p. 43.

por de dentro” dilatan la conciencia moral arrepentida de los salmos penitenciales del *Heráclito Cristiano*; el hombre *caído* de la poesía religiosa se prolonga en el hombre *divertido* de la poesía moral, extraviado en lo hondo de la cueva platónica, olvidado de su alma y de su condición mortal. Sentido moral y amoroso se funden en una dialéctica de contrarios en la oposición entre *divertimiento* y *advertimiento*, y en sus correlatos “fuego” y “desengaño”, en el seno de la poesía amorosa; los hablantes de la poesía moral y amorosa no se abandonan al sueño físico o mental, insomnes penitentes o amantes que velan sin fin en la noche⁴. En suma el infierno de la escatología católica se vuelve interioridad desde donde hablan los atormentados personajes de las diversas musas. El hombre *deshabitado* de los poemas morales y amorosos es el hombre *dormido* («Yo, dormido, en mis daños persevero»⁵) de la poesía religiosa; y frente a él sólo el hombre *despertado* y *advertido*, el hombre *interior* paulino, logra la «buena muerte», reservada a quien, tras Séneca, sabe que «vivimos muriendo». Y dentro de las correspondencias entre el vocabulario religioso y el moral en la obra de Quevedo, el *advertimiento* es expresión intelectual de la contrición y la atrición religiosas. El talante *divertido* representa, asimismo, una variación del “no-vivir dormido” de la poesía religiosa, así como de la «dureza de corazón» del hombre caído, impenitente, de corazón más duro e insensible que las piedras quebrantadas por el sufrimiento del Redentor⁶. En palabras del beato Tomás de Kempis en su *Imitación de Cristo* (1418): «Por eso vive siempre aparejado y con tanta vigilancia, que nunca la muerte te halle desapercibido, porque vendrá el Hijo de la Virgen en la hora que no se piensa»⁷. Al ser creación divina, el buen empleo moral del tiempo creado se vuelve en el *Heráclito cristiano*, bajo la metáfora casa/ladrón de Mateo 24:43, esencialmente dramático. El tiempo es forma del conocimiento (muerte) y del carácter (*la vida advertida*), pero ya no se trata sólo de hacer un uso sabio del tiempo terrenal, como en Séneca. Cuando Quevedo contrapone las actitudes

⁴ Véase: H. Sánchez M. de Pinillos (2005), p.183-213.

⁵ Poema número 27, verso 5, en F. de Quevedo (1990). Las citas de la poesía de Quevedo son (salvo indicación en contrario) de esta edición, de J. M Blecua, Se indica el poema con su numeración en la edición de Blecua entre paréntesis.

⁶ Véase: F. de Quevedo (1990); 152, 153, 154, 186.

⁷ *Imitación de Cristo*, Primer Tratado, cap. 23 (1989), p. 76. También, entre múltiples citas posibles: «Mira que estés sobre aviso, y vela en oración, y humíllate en todas las cosas», *Imitación de Cristo*, cap. 28, p. 202. Son ajustados en lo doctrinal –no necesariamente en la práctica poética – las siguientes palabras: «Quevedo no se ha formulado el problema de la realidad objetiva del mundo. No le preocupa si la vida es sueño o no, ni si el mundo es mera representación. Este problema, de la mayor trascendencia filosófica, no le ha preocupado... no es Quevedo escéptico» a la manera de Lucrecio o Montaigne. F. Ynduráin (1969), pp. 171-214: 182-183.

divertido/advertido ante el transcurrir de las horas, aunque originaria de Séneca, la oposición se llena, bajo la metáfora casa/ladrón en Mateo 24:43, de patetismo teológico cristiano. Bajo el signo del arrepentimiento el penitente del *Heráclito Cristiano*, de la poesía religiosa y de muchos poemas morales, se enfrenta al *tiempo de la diversión* desde una conciencia de tiempo escatológico. Como el diablo que predica en el *Alguacil endemoniado*⁸, el hombre *advertido* ordena *conocer* al tiempo⁹ en su dimensión moral; el hombre *divertido*, prisionero en la caverna platónica, existe en cambio, escapando de sí y disolviéndose en un presente sin conciencia, sumido en «el sueño de la muerte», entregado al espejismo de una falsa vida.

Ocio y hombre interior

La vida de contemplación filosófica fue celebrada como el bien mayor por Séneca en *De otium* y, con sentido religioso humanístico, por Petrarca en *De vita solitaria* (1346-1366) y *De otio religioso* (1357). En el *otium* el hombre puede «hacerse mejor» y elegir para sí propio un ideal humano conforme al cual modelar su vida; al apartarse de los negocios «puede (hacer) avanzar en una marcha equilibrada y en una misma dirección esa vida que nosotros desgarramos con proyectos contradictorios»¹⁰. Mientras el ocio del necio degenera en ociosidad, mera *diversión*, en cambio el ocio del hombre *advertido* es vigilia y meditación constantes sobre los límites del hombre ante la muerte. El *advertimiento* de la poesía moral y metafísica implica además un velar de la fe en el sentido escatológico del Evangelio (San Marcos 13:33, I Tesalonicenses 5:2, San Lucas 21:34, San Mateo 24:23) y de la poesía religiosa de Quevedo, pero es también llamada a permanecer despierto y mantenerse vigilante y alerta en un sentido intelectual. La poesía del amor insomne y de la imaginación nocturna, tiene su contrapartida en esta poesía moral de la conciencia *cercada*, como se lee en el Salmo XVI del *Heráclito Cristiano* por “el negro cerco” de la muerte¹¹, y donde el ocio clásico –el *otium cum dignitate* de Cicerón en *De Oratore* (I, 1-2)– se transforma en velar doloroso como nueva epistemología (aquí existe concomitancia con el existencialismo donde la angustia tiene valor epistemológico y liberador).

Josef Pieper, filósofo católico y tomista, pensaba que la ética protestante de la redención por el trabajo se ha infiltrado en la civilización occidental hasta un

⁸ F. de Quevedo (1993), p. 182.

⁹ F. de Quevedo (1992), p. 1135.

¹⁰ «...tunc potest vita aequali et uno tenore procedere, quam propositis diversissimis scindimus», Seneca (1979), p. 180.

¹¹ Francisco de Quevedo (1990), num. 28, p. 27. Ver: H. Sánchez M. De Pinillos (1993)

grado debilitante¹², conduciendo al hombre moderno a arriesgarse a perder el alma, en sentido cultural y espiritual. Contra esta disposición vital intramundana, Pieper formula una apología católica y heideggeriana (incorporando las nociones de *Gelassenheit* y *Aletheia*) de la vida contemplativa y del ocio. Del ocio, no como se entiende en el siglo XXI, sino dentro de una teología de lo sagrado, y vinculada, tras Platón y Santo Tomás, al asombro, raíz de la filosofía y de la poesía. La importancia del ocio no fue cuestionada hasta que Kant usurpó en 1796 su lugar con su filosofía de la razón y del trabajo, preludeo de la revolución industrial. Contra el pragmatismo moderno Pieper, partiendo del mandato del Salmo 46, vs 11: «Cesad, y reconoced que soy Dios», defiende el valor del ocio como un estado de plenitud y de calma receptiva y contemplativa idóneo para la experiencia de la gracia. En el contexto de la obra de Quevedo el tradicional elogio humanista del estudio y de la *lectio* secular es inseparable de un sentido moral: así en el soneto “Retirado en la paz de estos desiertos” el retiro *estudioso* significa apartamiento de la *diversión* y superación de la *acedía* – considerada por Santo Tomás de Aquino como una ofensa contra el mandamiento que ordena buscar la paz mental en Dios.

En su diálogo «Princeps puer», Juan Luis Vives presentaba a Moróbulo como un necio “divertido” para quien la vida consiste en evasión y juego, y por ello propone al infante Felipe fiestas y amores, naipes y danzas. Sofóbulo, en cambio, rechazaba y despreciaba la pereza, el ocio, los placeres y bromas, y aconsejaba a Felipe aplicarse con toda intensidad “al estudio y cultura del alma”¹³. Bajo el signo del humanismo, Vives –como después Fray Luis, Montaigne, Cervantes (*DQ* I, Prólogo; II, 23) y el propio Quevedo– entendió el *estudio* lejos de la figura del erudito pedante, como cultura del alma y actividad vital, forma suprema del *advertimiento* y reverso de la experiencia del *hombre deshabitado* a quien “nadie responde”¹⁴. Según Vives, al estudioso le es posible siempre que lo desee “hablar con los muertos”: Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Tito Livio, Plutarco “hablarán con vos todas las veces y todo el tiempo que os viniere en talento”¹⁵.

Sólo la lectura y el estudio triunfan para Quevedo sobre la dicotomía entre *divertimiento* y *advertimiento*, permitiendo al hombre adentrarse ociosamente en la verdad, en un ocio interior –«Oisiveté, mais pleine de pouvoir»¹⁶– opuesto al ocio cronométrico. En el *Sueño de la muerte* el narrador se quedaba dormido, en tanto que su alma “se vio ociosa, sin la tarea de los sentidos exteriores”¹⁷, y por

¹² J. Pieper (1952). Véase también: Pedro Laín Entralgo, *El ocio y el trabajo*, 1960.

¹³ J. L. Vives (1948), pp. 946-951: 951.

¹⁴ H. Sánchez M. De Pinillos (1997).

¹⁵ J. L. Vives (1947), p. 949.

¹⁶ P. Valery (1971; orig. 1920), p. 14.

¹⁷ F. de Quevedo (1993), p. 318.

tanto libre para recibir las comunicaciones, “más bien inconscientes”¹⁸ de las potencias de alma, memoria, entendimiento y voluntad. Asimismo, en la lectura retirada en comunión con “las grandes almas ausentes” del soneto “Retirado en la paz de estos desiertos”, en ausencia de lo accesorio, de preocupaciones materiales, en el silencio creador de espíritu y de bondad, el hombre puede liberarse de la sombra del tiempo *divertido*, manchado por el pecado original. La conversación con los difuntos del humanista es un hablar con y contra la muerte. Sin el saber de «las grandes almas», la política, la amistad, el amor y la guerra serían vanas *diversiones*, juegos de niños. En la soledad sonora, habitada, compartida, del *estudio* –como espacio vital y como actividad– germina un *hombre nuevo* quien, en comunión con los muertos, participa de la invención creadora de la persona latente, y trasciende así al hombre dormido, deshabitado, *divertido*.

Hombre *divertido*, hombre *deshabitado*

En la prosa y la poesía satíricas, los sujetos «divertidos» son víctimas del ingenio lúdico de Quevedo, y de la perspectiva autorial *advertida*, que observa el mundo como realidad, *por de dentro*. Poseídos por una vanidosa inconsciencia (juegos, apariencias, placeres), los personajes *divertidos* (cornudos, pretendientes cortesanos, lindos, calvos rebeldes, viejos teñidos, valentones, alcahuetes, franceses vanos, italianos sodomitas, etc.) devienen, mirados desde el desengaño y el advertimiento, figuras grotescas. Por otra parte, *Polimnia* y *Urania* –es decir, respectivamente, la poesía moral y la poesía sacra-, y en primera persona *Un Heráclito Cristiano* confrontan dos disposiciones vitales irreductibles: la «que se pasa en contentos y locura»¹⁹, y la del tormento (presente, insomne) lúcido de la consciencia moral que conoce, en lugar de llorar, «las advertencias que la edad te envía»²⁰. Asimismo los poemas morales metafísicos se articulan sobre el conflicto irresuelto entre el anhelo de alcanzar un paraíso de inconsciencia *divertida* (juegos, placeres) y el deber de vivir con integridad moral de cara a la realidad de la muerte; por no ser capaces de resolver el conflicto “Los sin ventura muertos de repente” dan en la condena eterna en el *Sueño del infierno*: “Mentís –dijo un diablo-, que ningún hombre muere de repente; descuidado y *divertido*, sí”²¹. Los poemas morales y de *Un Heráclito cristiano* presentan a un sujeto que se debate entre olvido de sí y abandono mundano y el despertar a una consciencia *advertida*, condición del autodomínio del hombre digno de sí.

Por otra parte, la tonalidad en los poemas morales que don José Manuel Blecua clasificó como “metafísicos” no es estoica. Si en la teoría moral el *advertimiento* implica vivir serenamente frente a la muerte, en la práctica poética el miedo y la

¹⁸ F. de Quevedo (1993), p. 73.

¹⁹ F. de Quevedo (1990), 1, v. 13.

²⁰ F. de Quevedo (1990), 1, v. 13.

²¹ F. de Quevedo (1993), p. 225.

ansiedad de la última hora, la experiencia del despertar intelectual a la muerte, y una transición dolorosamente dramática del ser *divertido* al *advertimiento* estructuran los poemas morales más subjetivos (“Señor don Juan, pues con la fiebre apenas”, “¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?”, “¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!”, “Si no temo perder lo que poseo”, “Huye sin percibirse, lento, el día”, etc). Tras la dicotomía entre el anciano advertido y el joven ingenuo del sueño *El mundo por de dentro*²², Quevedo logra fundir en la voz lírica de estos poemas “metafísicos” las perspectivas y vivencias del deseante divertido y la del hombre maduro a quien le sobreviene repentinamente el desengaño. La despreocupación del hombre *divertido*, ciego al paso de las horas que le consumen, es consciencia del «cerco», angustia de saberse sitiado por tiempo y cielo que, en la concepción de Ptolomeo, giran en torno a la tierra y deshacen al hombre. La imagen del cerco de Fray Luis en su Oda IV “Canción al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices”, “el terreno cerco” (v. 42), que designa el ámbito de la vida del hombre, sería interiorizada por Quevedo desde la angustia y el advertimiento: «Doy cercos a la negra sepultura»²³. El estado *advertido* es como el estar alerta del cazador de Ortega y Gasset²⁴ ante la presa, pero en el que paradójicamente el ser cazado, la presa (de la muerte), es el hombre.

La canción «¡Oh tú que, *inadvertido*, peregrinas...!»²⁵, por ejemplo, se construye sobre la comparación entre un pasado *divertido* en la corte y la advertencia presente. La senda de los sabios y el saber estoico de la muerte conducen «al escarmiento» como única perspectiva moral y metafísica válida. Así en el salmo XXVII del *Heráclito Cristiano*, «Bien te veo correr, tiempo ligero»²⁶, el penitente arrepentido confiesa: «Yo, dormido, en mis daños persevero...»²⁷. O tras Tomás de Kempis: «Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamás torna»²⁸ el verso, tan de Quevedo: «El tiempo, que ni vuelve ni tropieza...»²⁹. Mientras el hombre *divertido* se disuelve en el «sueño / de bienes de la tierra»³⁰, el hombre *advertido* «a más honroso / sueño entregó los ojos, no la mente»³¹.

²² F. de Quevedo (1993), p. 277.

²³ F. de Quevedo (1990), 139, v. 32.

²⁴ El capítulo primero del ensayo de Ortega «Sobre la caza» (prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yebes) lleva por título «El problema de la diversión»; contrasta allí Ortega la *dedicación*, vida entregada deliberada y responsablemente a una actividad, en este caso la caza, a la *diversión*, forma de entretenimiento exenta de riesgo y penalidades

²⁵ F. de Quevedo (1990), 12.

²⁶ F. de Quevedo (1990), 39.

²⁷ F. de Quevedo (1990), v. 5.

²⁸ Kempis, *Imitación de Cristo*, Primer tratado (1989), p. 89.

²⁹ F. de Quevedo (1990), 4, v. 5.

³⁰ F. de Quevedo (1990), 12, vv. 24-25.

³¹ F. de Quevedo (1990), 146, vv. 56-57.

La antropología de la *diversión*: correlaciones entre la poesía amorosa, religiosa y moral

La condición *deshabitada* y *divertida* tiene además un previo trasfondo antropológico. El cuerpo *deshabitado* es resultado de un alma *divertida*, aunque para Quevedo “una alma *divertida*» es una contradicción. Por ejemplo, el Dómine Cabra, el avariento maestro segoviano de *El Buscón*, era espantajo descoyuntado, guiñol, un cuerpo sin alma. Así los hombres *divertidos*: cuerpos *deshabitados*, mecanizados, almas ausentes, poseídas por esta forma degenerada de ocio que es la *diversión*. No son personas, sino tipos sociales desalmados: taberneros, sastres, cornudos, alguaciles, pasteleros, etc.

En las musas *Polimnia* y *Urania* el sujeto prescribe descansar en una conciencia serena de la muerte, pero el intento estoico de domesticar el miedo a la muerte a través del raciocinio fracasa: allí donde no alcanza el estoicismo, comienza la poesía moral que don José Manuel Blecua en su clásica edición denominó «metafísica». Estos poemas morales «metafísicos» representan el conflicto entre dos disposiciones vitales: entre el anhelo de alcanzar un paraíso de inconsciencia *divertida* (juegos, negocios, placeres), y el deber de vivir ante la realidad moral de la muerte. Los poemas se debaten entre el olvido y el sueño de una parte y, de otra, el tormento presente, insomne y lúcido de la “sobreconciencia” *advertida*.

Tras Séneca, interroga el viejo venerable del sueño “El mundo por de dentro” al joven distraído por los placeres y deleites: “¿Tú por ventura sabes lo que vale un día? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo?”³² En lugar de vivir «divertido» en el tiempo, *vivir advertido* significa *saberse* tiempo, percibirse muriendo en el presente, *contar* y dar *valor* a las horas desde una conciencia moral. Intelectual y moralmente indigno, el hombre «divertido» huye en vano de la realidad de la muerte. Sólo el sabio *advertido* logra asumir una conciencia trágica de su vida, como en el soneto “¿Qué otra cosa es verdad sino pobreza?”³³. Por el contrario, en el hombre *divertido* anidan los siete pecados capitales, como la soberbia”, “un cielo mentido / a las inadvertencias del sentido»³⁴. Y en la poesía amorosa los elementos del mundo físico reflejan esta naturaleza o propensión humana a la inadvertencia metafísica y moral; por ejemplo, los sonetos “¡Qué perezosos pies, qué entretenidos...!”³⁵, o “Torcido, desigual, blando y sonoro”³⁶, integrados por las *correspondencias* entre la naturaleza de un arroyo “en las lisonjas *divertido*”, y el corazón del amante “alegre, *inadvertido* y confiado”.

³² F. de Quevedo (1993), p. 277.

³³ F. de Quevedo (1990), 4.

³⁴ F. de Quevedo (1990), 135, vv. 15-16.

³⁵ F. de Quevedo (1990), 475.

³⁶ F. de Quevedo (1990), 296.

Dentro de la cosmología de la filosofía tomista de la naturaleza y del sistema de imágenes del Renacimiento que Quevedo acoge y reformula, los elementos de la naturaleza asumen propiedades metafísicas reveladoras: desde la presunción como forma de *inadvertencia* en la letrilla «Rosal, menos presunción»³⁷, al elogio del hielo invernal, como emblema de muerte y símbolo de verdad y descanso, en la silva «A una fuente»³⁸. El hielo trasciende el psicologismo petrarquista (desamor, indiferencia) para contraponerse con intención metafísica a la alegre fugacidad del río. En la silva amorosa y funeraria «Yace pintado amante»³⁹, alegoría del amor loco y de la brevedad de la vida, deshecha en presentes sucesiones de «yacimientos», Ícaro, símbolo de ambición e *inadvertimiento* «... con dudoso y divertido vuelo / las lumbres quiso amartelar del cielo»⁴⁰.

También en la poesía satírico-burlesca, el advertimiento se opone a la diversión en la deconstrucción estética de códigos (cortés, neoplatónico) y mitos paganos y «divertidos». Por ejemplo, en el mundo al revés mitológico en *La hora de todos* o en los conocidos sonetos «Hero y Leandro en paños menores»⁴¹ o «Bermejazo platero de las cumbres»⁴².

En su *Teología platónica* evoca Marsilio Ficino la figura del hombre como la de un exiliado (*exul*) del mundo, subyugado por un estado continuo de entorpecimiento o tristeza (o *maeror*); al no poder vivir solo, busca la compañía de los demás, procurando olvidar su inquietud con vanas diversiones (*oblectamenta*). A través de las diversiones elude el hombre la melancolía para abismarse en una especie de delirio que da a su vida la apariencia de irrealidad de un sueño⁴³. Para Quevedo, sabio es quien prescinde de *divertidas* apariencias y logra una conciencia trágica, *advertida* y “despierta” de la propia vida. Y mientras para el necio el *ocio* degenera en *diversión*, el *hombre advertido* vela y mira de frente a la muerte.

Los poemas del insomnio amoroso se contraponen al *advertimiento* y al velar de la fe de la poesía religioso moral. Pero los motivos se entretajan: en la poesía amorosa el motivo del velar involuntario se funde con la llamada a permanecer vigilante, en la orientación moral y escatológica del Evangelio, y en un sentido sentimental e intelectual; el insomnio amoroso converge con el *advertimiento* moral-cristiano-platónico; los hablantes de la *poesía moral* condenan el abandono (divertido) al sueño, físico o mental, mientras la poesía amorosa aproxima contenido moral y erótico en la consciencia de unos amantes que se debaten entre

³⁷ F. de Quevedo (1990), 207.

³⁸ F. de Quevedo (1990), 203.

³⁹ F. de Quevedo (1990), 200.

⁴⁰ F. de Quevedo (1990), vv. 11-12.

⁴¹ F. de Quevedo (1990), 771.

⁴² F. de Quevedo (1990), 536.

⁴³ M. Ficino (1559), p. 239-241.

el *divertimiento*/pasión y el *advertimiento*/desengaño: insomnes penitentes o amantes desdeñados que en la angustia del velar acceden a la visión *advertida*: «Torcido, desigual, blando y sonoro»⁴⁴; «Al oro de tu frente unos claveles»⁴⁵; «¡Qué perezosos pies, qué entretenidos...!»⁴⁶, etc. Confluyen así poesía moral y poesía amorosa en la voz de un sujeto ingenuo e inconsciente cuyos sentidos y potencias se hallan sumidos en el sueño, en la inadvertencia ante una muerte que cree lejana. El amante desengañado del *Heráclito* es prójimo del amante rechazado de la musa del amor profano *Erato*, y puede leerse, dentro de una diacronía sentimental y biográfica, como presagio del advertimiento intelectual del sabio estoico de la *poesía moral*, o del advertimiento espiritual del penitente en la *poesía religiosa*.

Advertimiento y metafísica de la guerra

También el rey se debe a una política y razón de estado *advertidas*: no debe “descuydarse” con sus ministros, no debe dar pábulo a la “voz de la adulación”, sino que debe imitar a Cristo quien “en lugar de echarse a dormir... velaba la noche de la cena”⁴⁷, según manda la *Política de Dios*. Y así:

Reynar es velar [...] Rey que duerme, gouierna, entre sueños; y quando mejor le va, sueña que gouierna. De modorras y letargos de Príncipes adormecidos adolecieron muchas Repúblicas y Monarquías: ni basta al Rey tener los ojos abiertos, para entender que està despierto, que el mal dormir es con los ojos abiertos. Y si luego los allegados velan con los ojos cerrados, la noche y la confusión serán dueños de todo, y no llegará a tiempo alguna aduertencia⁴⁸.

O en el *Marco Bruto*, acerca de la muerte de César, símbolo de muerte por inadvertencia:

Pondera Suetonio que cuando cayó, por caer decente se cubrió con la propia toga los pies. Advertencia para caer bien y para morir a oscuras, no es advertencia del juicio, sino circunstancia del yerro (...) Cuidar de menudencias para después de muerto, y no de los riesgos para no morir, quiere ser piedad, y no sabe; quiere parecer advertencia, y no puede: pretendió ser recato honesto, y quedose en melindre castigado⁴⁹.

⁴⁴ F. de Quevedo (1990), 296.

⁴⁵ F. de Quevedo (1990), 339.

⁴⁶ F. de Quevedo (1990), 475.

⁴⁷ F. de Quevedo (1966), p. 79.

⁴⁸ F. de Quevedo (1966), p. 80.

⁴⁹ F. de Quevedo (1992), p. 960.

La epístola moral horaciana «No he de callar, por más que con el dedo»; eleva la Edad Media y la Reconquista a modelos del vivir *advertido*: «Del tiempo el ocio torpe, y los engaños / del paso de las horas y del día, / reputaban los nuestros por extraños»⁵⁰. Mientras el vivir *divertido* equivale a evasión del mundo, sueño de la muerte y divagación, el militar *advertido* «a más honroso / sueño entregó los ojos, no la mente»⁵¹. Por ello en el *Sueño del infierno* “muchos capitanes, maestros del campo, generales y ejércitos” van “por el camino de la mano derecha”⁵². Tras la primera de las epístolas de Séneca a Lucilio, donde sólo el tiempo es nuestro⁵³, el hombre *advertido* se sabe tiempo y por ello no es arrastrado ni menguado por «los engaños / del paso de las horas y del día»⁵⁴, como los cortesanos «sin decoro» de la hora presente. Y recordemos que el tratado *Providencia de Dios* concluido en la prisión de San Marco se cierra con un elogio de la guerra.

Con razón indicaba Christopher Maurer que el contenido ideológico de la epístola a Olivares es «el recelo del ocio»⁵⁵ inscrito en «la teoría circular» de Quevedo que, tras los historiadores y satíricos romanos, propone un nexo causal entre paz, abundancia, ocio y vicio. Pero ocio no como *otium*, ligado a la *skolé* del libro primero de la *Metafísica* de Aristóteles, un estado de contemplación y recogimiento en calma transparente, sino como su degeneración: *hebescere otio* u *otio diffluere*, ociosidad, «tiempo no logrado, la vida no interiorizada»⁵⁶, «el ocio torpe»⁵⁷, el «ocio bestial con nombre de Paz santa»⁵⁸. Quevedo enfrenta «la militar valiente disciplina»⁵⁹ a la *divertida* ociosidad, al «vicioso» *nec otium* del «áspero dinero»⁶⁰, del placer y las distracciones: cañas, toros, fiestas palaciegas, vestidos, perfumes, etc., modos del vivir *divertido*, sumidos en el sueño de las apariencias y lo accidental, conducentes al abandono de las obligaciones religioso-militares, de la lucha sagrada por el ideal de la Reconquista. Contra el olvido *divertido*, propugna Quevedo la gratitud y memoria ancestral; contra el negocio, la ascesis guerrera.

La decadencia amenaza a Castilla como producto del tránsito del laborioso vivir *advertido* al improductivo esparcimiento *divertido*, en una nueva *correspondencia*, esta vez entre la moral individual privada y la moral colectiva y

⁵⁰ F. de Quevedo (1990), 146, vv. 40-42.

⁵¹ F. de Quevedo (1990), 146, vv. 56-57.

⁵² F. de Quevedo (1993), p. 200.

⁵³ Seneca (1917), p. 2-3.

⁵⁴ F. de Quevedo (1990), 146, vv. 40-41.

⁵⁵ C. Maurer (1980), pp. 93-101. Véase también: A. Rey (1999), p. 133-160.

⁵⁶ C. Maurer (1980), p. 101.

⁵⁷ F. de Quevedo (1990), 146, v. 40.

⁵⁸ F. de Quevedo (1916), p. 81.

⁵⁹ F. de Quevedo (1990), 146, v. 193.

⁶⁰ F. de Quevedo (1990), 146, v. 71.

política de la nación. De ahí el apóstrofe a España en el título de un soneto: «Advertencia a España de que así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos envidiada y perseguida y necesita de continua prevención por esta causa»⁶¹. Y de ahí la petición en 1625 a don Gaspar de Guzmán: «Pasadnos vos de juegos a trofeos»⁶². Es decir, “pasadnos” de la *diversión* a la guerra, *estado del advertimiento* constante en correlación con un mítico Estado aristocrático-sagrado, restaurado y regenerado, integrado por heroicos guerreros –no hay heroísmo sin *advertimiento*. Los “juegos” testimonian la caída de una monarquía frívola a manos de una oligarquía secularizada de comerciantes. En lugar de Guerra Santa, sólo habría, deplora Quevedo, guerra de intereses. En el *Sueño de la muerte* y en *La hora de todos* desacredita la búsqueda de la paz por el Conde-Duque de Olivares y el proyecto de paz universal del papa Urbano VIII, mientras se alababa la guerra. En su retorno a los clásicos y el espíritu de Cruzada, la “Epístola satírica y censoria” anticipa a Hegel, para quien la guerra preserva la salud moral de los pueblos: así como el movimiento del océano impide la corrupción que sería el resultado de una perpetua calma, también así, mediante la guerra, el pueblo escapa de la corrupción que resultaría de una paz perpetua⁶³. Y, en su vínculo entre libertad y guerra (“Y aquella libertad esclarecida, que en donde supo hallar honrada muerte, nunca quiso tener más larga vida”⁶⁴) al Nietzsche de *El ocaso de los ídolos*: “La guerra educa para la libertad. Pues ¿qué es la libertad? Tener voluntad de autorresponsabilidad. Volverse indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, incluso a la vida... El hombre que ha llegado a ser libre, y mucho más el espíritu que ha llegado a ser libre, pisotea la despreciable especie de bienestar con que sueñan los tenderos... El hombre libre es un guerrero”⁶⁵. Y Zarathustra predicaba también como el autor de “El escarmiento” el domino propio, la aceptación del destino, el *Amor Fati*, la sumisión a la verdad, y la purificación a través del combate y del dolor.

La ética del *advertimiento* puro

Al denunciar la frivolidad de las diversiones de la aristocracia palaciega, «el grave eclesiástico» del *Quijote* (II, 32) describía la vida moral del hombre como una realidad unívoca, resuelta, conclusa. Su admonición se enderezaba a unos duques devotos del placer que bajo disfraz de fiesta y homenaje escarneaban y se burlaban de don Quijote. Como galeotes condenados a diversión perpetua, los duques experimentaban la vida como un juego de niños, un pasatiempo por el que no hay que pagar precio alguno. Pero su antagonista, el «grave eclesiástico» era

⁶¹ F. de Quevedo (1990), 71.

⁶² F. de Quevedo (1990), 146, v 166.

⁶³ G. W. F. Hegel (1881), p. 210.

⁶⁴ F. de Quevedo (1990), (146, vs 31-33), p. 40.

⁶⁵ F. Nietzsche (2009), p. 135-136.

presentado también por Cervantes como una figura antipática por ejercer su puritano y excesivo *advertimiento* constante –más allá de la vida. El grave eclesiástico opera como juez, que interpreta la vida moral como realidad cerrada, vista para sentencia. El punto de vista de Cervantes, de equilibrio y dinamismo cognoscitivo entre el *prodesse et delectare*, se diferencia igualmente del puritano confesor palaciego como de los duques.

Tras Cervantes, Ortega ironizó en *La idea de principio en Leibniz* la aspiración a una ética del *advertimiento* puro⁶⁶. La patética seriedad, el absolutismo del intelecto que atribuye a Heidegger y a Sartre en el capítulo “El lado jovial de la filosofía” es contrario, piensa, a la realidad de la vida, que consiste en la unidad radical y antagónica de deporte y angustia, desesperación y fiesta, muerte y resurrección continua. Por ello el temple de la filosofía debe, según Ortega, ser también jovial y risueño, como el deporte y el juego. Para el Quevedo grave, fiesta y juego son frivolidad y falsedad. Y afin a Quevedo es la denuncia que hace Heidegger como «inautenticidad» no sólo de las diversiones tranquilizadoras, sino también de la obtusa indiferencia ante la muerte. La disposición *advertida* de Quevedo se diferencia así tanto del modo vital integrador cervantino, que aúna el *prodesse et delectare* del novelista, como de la antropología de la razón vital orteguiana; en lugar de velar vanamente la muerte con «necias diversiones», el hombre *advertido* mira de frente al «negro cerco»⁶⁷ con una suerte de serena lucidez angustiada. La atonía ante la hora última y toda forma de distracción hedonista repugnan al Quevedo moral. Hay una escisión radical, casi inhumana, entre la actitud vital «grave» y otra propia de «chisgarabises», alejada del humor cervantino, o del auto sacramental de Calderón, que *(re)liga* inmanencia y trascendencia, reconciliando juego y sabiduría⁶⁸.

El *homo ludens* ante la poética del *advertimiento*

Y sin embargo, la *diversión* como una faceta de la necesidad humana de jugar se manifiesta en la obra festiva del autor de *El Buscón*. El cultivo intermitente pero fiel que a lo largo de su asendereada trayectoria le brindó Quevedo a la musa satírica y burlesca le da la razón a Ortega y Gasset cuando, en *Idea del teatro* (1946), afirma: “El hombre necesita descansar de su vida y para ello ponerse en contacto, volverse a o *verterse* en una ultravida. Esta vuelta o *versión* de nuestro ser hacia lo ultravital e irreal es la *diversión*. La distracción, la diversión es algo consustancial a la vida humana...Y no puede sorprendernos que el más grande creador y disciplinador de cultura que jamás ha existido, Platón ateniense, hacia el fin de sus días se entretenga haciendo juegos de palabras con el vocablo griego

⁶⁶ J. Ortega y Gasset (1958), pp. 151, 165-183.

⁶⁷ F. de Quevedo (1990), 28, v. 10.

⁶⁸ Para el concepto de “religación”: X. Zubiri (1993), p. 178.

que significa παιδεία (*paideía*) y el que significa juego, broma, farsa (*paidiá*), y nos diga, en irónica exageración, ni más ni menos, que la vida humana es παιδία juego y, literalmente, añadida que eso que tiene de juego es lo mejor que tiene.” (*Leyes* 803, 4)⁶⁹. Quevedo es eminentemente *Homo ludens*, título del ensayo de Johan Huizinga sobre las raíces lúdicas de los actos culturales (mitología, arte, filosofía), y el papel civilizador y educativo del juego, sustituto de la violencia a través del lenguaje y de la poesía⁷⁰. El juego, pensaba Huizinga, puede elevarse hasta las cumbres de la belleza y de la santidad, donde deja atrás a lo serio. Tras Friedrich Schiller y Eugenio D’Ors el hombre no se define solo en su doble dimensión de *homo sapiens* y de *homo faber* sino como el hombre entretenido y distraído. Siguiendo a Gracián, D’Ors creía que el ser del hombre responde a una antropología de la razón como *poiesis*, es decir como actividad creadora. El *homo ludens* dorsiano es el contemplador y gozador de formas y figuras, como el de Gracián era un descifrador de enigmas. En sentido estricto, el discurso del *advertimiento* de Quevedo es incompatible con el Quevedo lúdico y profano de la musa satírico-burlesca: no armoniza, a diferencia de Cervantes, los principios agónicos y lúdicos de la existencia, *advertimiento* y *diversión*. No puede decirse que para Quevedo haya -como en cambio sí lo había para Gracián, Nietzsche y Ortega- isomorfismo entre juego y vida moral. Quevedo recorre ambas disposiciones vitales separadamente, desde el «ayuntamiento» o acercamiento lúdico y sacrílego entre carnaval y devoción, en tantos pasajes memorables de *El Buscón* y *Los Sueños*, hasta la perspectiva moral rigorista de los tratados ascéticos. Pero en realidad, y por eso la poesía satírica no es sólo chanza, sí existen *correspondencias*: Quevedo percibe lo ridículo de las personas como una variante de la falta de *advertimiento*: los sujetos satíricos son risibles por esa misma falta de *advertimiento*. Aunque en su madurez el Quevedo grave reconociera formalmente en los «juguetes» satírico-burlescos pasados (y presentes) sólo vanidad y divertimento, la causticidad del juicio moral latente brotaba de la mirada *advertida*. Por ello, si *Los sueños* enfrentan dos mundos (sueño y realidad, *diversión* y mundo «por de dentro», mundo vislumbrado como verdad), el ingenio satírico-burlesco, contra la poesía amorosa y su representación neoplatónica de la mujer como breve mundo, es también inseparable de una antropología metafísica dualista y de una epistemología *advertida*, que reconoce en el mundo físico una realidad caída, degradada, risible. Y, sobre todo, existe correspondencia entre el Quevedo satírico-divertido y el moral-advertido en su concepción de la lengua. Rechazan ambos, como fruto de la pereza, las frases hechas, los clichés, las muletillas: formas expletivas de indignancia mental y moral. El programa

⁶⁹ J. Ortega y Gasset (1977; primera edición, 1958), p. 55-56.

⁷⁰ F. Schiller (1990), J. Huizinga (1955), Eugenio d’Ors (1914).

lingüístico del autor de las *Genealogía de los modorros* y de las *Premáticas* como crítica del lugar común y de los hábitos mentales dormidos, “divertidos”, propios de los malos poetas, es, en el fondo, *una poética del advertimiento*. Sin advertimiento no es posible la virtud moral, pero tampoco una estética conceptista de la agudeza.

La tradición del *advertimiento*, entre Platón, Pascal y Ortega

Quevedo asumió la división social tradicional entre mentalidad plebeya y noble (entre el polítés y el meteco, patricios y plebeyos, nobles y villanos, hidalgos y pecheros) para fundirla a una variante de la fenomenología del vivir *advertido* que, desde Sócrates, Séneca, Ficino, Gracián a Heidegger y el existencialismo, recorre el pensamiento occidental. Primero Sócrates había sido condenado a muerte por «corromper», es decir, desvelar las conciencias de los atenienses («partero de espíritus» le llamó Platón en el *Teeteto*): despertar como revelación de una condena universal a muerte, aquélla que como humanos los atenienses desearían olvidar «jugando», como los hombres *divertidos*, a seguir siendo niños. Los negocios serían modos de «hacer como si no pasara nada», de jugar a que no pasa nada. La filosofía socrática es una suerte de práctica o ejercicio vital consistente en abandonar los juegos y pasatiempos infantiles, y aprender a pensar contra la muerte. El hombre libre, el ciudadano no puede vivir sin este «saber» de la muerte.

Y poco después de Quevedo, Pascal llamaría *divertissement* a lo que distrae del deber humano de reflexión: espectáculos, juegos, negocios, la búsqueda de prestigio y de aplauso. Y aunque la crítica a la Escolástica por Pascal está ausente en Quevedo, su consideración sobre la miseria humana, también desde una interpretación rigorista de la moral cristiana, es muy próxima. Según Pascal sólo *le divertissement* consuela al hombre en sus miserias, pero, a la vez que distraen, las diversiones acercan al hombre a la muerte, constituyéndose paradójicamente en la mayor de sus miserias. Sin la *diversión* el hombre se hunde en el *ennui*, pero ese *ennui* le lleva a buscar un antídoto más poderoso: la *diversión* aparta al hombre de sí para que llegue sin sentirlo al final del camino, y oculta así la visión del precipicio: el ser humano corre sin miedo hacia el fin después de haberse puesto delante de los ojos algo que le impedía divisarlo. La vida humana, mientras más pletórica en lo material, más vacía: el juego, la caza, las visitas, los espectáculos, la falsa perpetuación del propio nombre, son para Pascal *divertidas* variaciones de la *vanitas* barroca.

Los mil fragmentos de Pascal puedan acaso leerse, en su brevedad aforística,

como la filosófica prolongación de la poesía moral de Quevedo⁷¹. Y, sin embargo, mientras el nombre de Pascal surge inevitable vinculado al penetrante análisis del papel que juegan las diversiones en la vida del hombre no se hallan, en el relato «oficial» del devenir de la conciencia intelectual europea, textos de Quevedo. No solo la filosofía de Séneca y de San Agustín⁷²: también los pensamientos de Pascal hallan su analogía lírica en la poesía moral y metafísica de Quevedo. Por ejemplo, los sonetos “Huye sin percibirse el día” o «Vivir es caminar breve jornada»⁷³, donde navega el hombre *divertido* hasta arribar insensiblemente a orillas de la muerte. Quevedo lo expresó así en la aforística prosa de *El sueño del infierno*:

En el camino de la vida... el partir es el nacer, el vivir el caminar, la venta el mundo, y en saliendo de ella es una jornada breve a la pena o a la gloria.⁷⁴

La vida del hombre es para Quevedo encrucijada, *bivium* (*Sueño del infierno*⁷⁵), y el camino a seguir, como en *Proverbios XXXIV* de Antonio Machado: «¿Cuál fue, Jesús, tu palabra? / ¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad? / Todas tus palabras fueron / una palabra: Velad»⁷⁶.

En suma, Quevedo examinó *avant la lettre* el *divertissement* de Pascal dentro de una prolongada *meditatio mortis*, que asume la forma de una condena de la *vida divertida* como indiferencia y atonía ante la muerte y distracción hedonista⁷⁷. Pero mientras que Pascal no tuvo relaciones cortesanas difíciles, el autor del *Marco Bruto* y *La hora de todos* inscribe su poesía de vanidades amorosa y moral en un marco de rivalidad y frustración erótica, y en tensión (moral) con la *diversión* (social). El temple del hombre *advertido* ante la muerte semeja el perpetuo estado avizor de un cortesano ante sus rivales. O el estar en alerta del cazador ante su presa descrito en el citado ensayo de Ortega sobre la caza. Podría decirse que el hombre *advertido* de Quevedo es un cazador metafísico que se sabe inexorablemente destinado a ser cazado por la muerte.

El «ensimismamiento» orteguiano se opone a la «alteración» como el

⁷¹ La diversión que oculta el paso fugaz de las horas es el motivo de los pensamientos 1, 74, 109, 131, 137, 139, 142, 143, 164, 166, 167, 170, 171, 324, 421, 462, 465, 628, 710. Pascal (1976).

⁷² Ver: H. Sánchez Martínez de Pinillos (1991).

⁷³ F. de Quevedo (1990), 11.

⁷⁴ F. De Quevedo (1993), p. 195. Gracián reelaboró en *El Criticón* la misma idea “... que lo que la naturaleza va hilando de la vida, el cielo lo va desvanando, y quitándonos los días con sus vueltas; y cuando los mortales andan más diligentes y más solícitos, saltando y brincando, entonces se van más deshaziendo”. B. Gracián (1996), p. 762.

⁷⁵ F. De Quevedo (1993), p. 277.

⁷⁶ A. Machado (1940), p. 159.

⁷⁷ Para una fenomenología del «talante» jansenista como religiosidad del rigorismo moral: J. L. López Aranguren (1952), p. 166-183.

«advertimiento» quevediano a la «diversión»⁷⁸. Lo que para Ortega diferencia al hombre del animal es su poder de ensimismamiento. Perdido entre las cosas, náufrago en el mundo, el hombre mediante un enérgico esfuerzo puede retirarse a su intimidad, para así poder formarse ideas sobre su circunstancia y su posible dominación; es el ensimismamiento, la *vita contemplativa* de los romanos, el *theoretikós bios*, de los griegos, la *theoría*; después puede el hombre volver a sumergirse en el mundo, para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la *acción*, la *vita activa*, la *praxis*. Pero la vida debe tener sentido, interviniendo aquí el pensamiento al servicio del mundo interior. El hombre existe en el mundo natural, pero éste le es extraño a su "parte extra-natural" por lo que el hombre ha de transformar la naturaleza para construirse un mundo. El "ensimismamiento" consiste en memoria y continuidad, y cuando el hombre se *di-vierte*, y en la medida en que lo hace y se distrae, pierde sus lazos con la tradición, "se discontinúa" de sí propio y deja transitoriamente de ser hombre, renuncia a ser sí mismo y se vuelve otro –*alter-*, alterado, *divertido*. La única vía ascendente es entonces el *ensimismamiento*, la entrada en sí, la interiorización del pasado y la confrontación advertida del porvenir. Y como el hombre *divertido* es antecesor del "señorito satisfecho"⁷⁹, es el héroe y "hombre auténtico" de Ortega (y de Heidegger y de Sartre) sucesor del hombre *advertido* de Quevedo.

Diversión y posmodernidad

La dimensión reaccionaria de la obra de Quevedo combate, desde el providencialismo y una metafísica del honor y de la guerra, la modernidad emergente. Y así el maquiavelismo, el pragmatismo económico de "la secta de los dineristas", y el pacifismo de Urbano VIII son condenados en *La hora de todos* desde una deontología imposible del *advertimiento* guerrero y metafísico constante. Y los poemas morales y de amor expresan la discontinuidad biográfica y metafísica entre un pasado (*divertido*) de amantes, cortesanos, pretendientes, etc., y un presente (*advertido*) de desengaño, «senda» que conduce a «El escarmiento»⁸⁰ como despertar y conversión. *Advertido* se enfrenta a *divertido* como la realidad al sueño, dentro de las oposiciones binarias privilegiadas en el Barroco: ilusión y desengaño, realidad y apariencia, pasión y razón, fortuna y Providencia. Ante la disposición moral, *advertida*, el mundo se manifiesta «por de dentro», como verdad; entonces, el sujeto *caído*, agitado y *distraído* por negocios, sumido en la cueva platónica, puede volver en sí, despertar y ver más allá de las sombras de la caverna. Esta dualidad platónico-agustiniana es para Quevedo también ética e histórica: contra la presente decadencia hedonista, un pasado idealizado de

⁷⁸ *Ensimismamiento y alteración. Meditación de la técnica.* (1939).

⁷⁹ J. Ortega y Gasset (1930).

⁸⁰ F. de Quevedo (1990), 12.

guerreros medievales cristianos. *Advertimiento* equivale a interioridad y nobleza, a valor, disciplina y jerarquía.

En cierto modo, Quevedo prefigura a Nietzsche al desenmascarar la falsa nobleza social como una forma de inadvertencia: la religión del plebeyo es superstición o fariseísmo en *Los sueños*; la presunción verbal, divertida inconsciencia plebeya en las “Premáticas del desengaño contra los poetas güeros” o “La culta latiniparla”; el ideal del bien público será desvelado como pasión de mando en Olivares, expresión de una voluntad de poder llevada a la tiranía; el ideal burgués del mercantilismo es culto sacrílego del oro, etc. En el pensamiento español del siglo XX, divertimento plebeyo y advertimiento noble revivirán en la dicotomía de Ortega y Gasset entre el hombre noble, autoexigente, ascético y fiel a sí propio, y los hombres-masa, niños mimados del período de entreguerras. Y un académico de la lengua española afirmaba con ironía, hace una década, “haber descubierto el vocablo de nuestro tiempo: es este primaveral adjetivo que ahora se está adhiriendo a los más insólitos compañeros. Hay colores *divertidos*, relojes, corbatas, pisos, broches, pantalones...: todo, absolutamente todo puede ser divertido.”⁸¹ Asimismo, los tipos quevedescos urbanos de la poesía satírico-burlesca y la prosa festiva, de *El Buscón* y *Los Sueños* carecen de personalidad, serían “hombres masa”: hablan y existen como niños divertidos, vegetando, deshabitados. En cambio, el sabio estoico, el penitente agustiniano, el hombre advertido de Quevedo y el héroe orteguiano se forman transformándose, haciéndose *personas* contra sí mismos, contra el niño que fueron por medio del ensimismamiento/advertimiento, desprendidos de la inmediatez y del deseo del mundo, revelado ya “por de dentro”. Así como en el drama barroco *La vida es sueño* Segismundo –“el hombre-fiera”– se elevaba a “príncipe” en el acto de vencerse a sí propio, o en la novela alegórica *El Criticón* de Gracián la conciencia se desdoblaba en el camino de la vida entre el maduro y *advertido* Critilo y el ingenuo *divertido* Andrenio, del “hombre viejo” nace, emerge agónicamente de los despojos del caducado homúnculo divertido, el *hombre advertido* de Quevedo.

Diversión hedonista y *advertimiento* ascético son respuestas a la angustia por el paso del tiempo histórico: declinar del Imperio católico español, alta nobleza parasitaria, divertidas simulaciones en el gran teatro del mundo barroco, o en la actualidad, colapso económico y vaciamiento cultural en el Occidente del “Matrix” financiero y mediático. La *diversión*, en tanto instante fugaz y huida virtual hacia el no-ser de los placeres, entra en la lógica del desarrollo posmoderno previo a la “crisis” del 2008: rechazo de la noción de deuda, exigencia de crédito ilimitado, soberanía del capricho y amputación del sentido de lo sacro que, según Quevedo, arruinan no solo la conciencia moral sino los fundamentos de la conciencia metafísica. El *advertimiento*, en cambio, abre una vía de inmersión en

⁸¹ “Divertido” en F. Lázaro Carreter (1997), p. 482-485: 482.

la trascendencia presente de la tradición: liberación, profundización interior y elevación a través de la meditación ascética, la lectura o la guerra. Mientras la *diversión* encarna una fuga hacia lo inconsciente y banal, hacia la “utopía del fun”, el *advertimiento* posee vocación supraconsciente y metafísica.

La disolución del mundo tradicional añorado por Quevedo se consume en las sociedades de la vigilancia y el espectáculo del fin de la modernidad: sociedad “neo-barroca” que participa también, en forma secularizada, de algunos de los rasgos que J. A. Maravall asignase a la cultura barroca: dirigida, urbana y de masas, poseída por un *horror vacui* informativo, saturada de imágenes y de propaganda⁸². Aparece así una versión nueva del *cortesano deshabitado y divertido* del siglo XVII, engranaje fundamental también de las estructuras de poder del post-capitalismo industrial: el hombre “light”, “en serie”, tipo del individuo desarraigado, desacralizado y abierto (“open-minded”), consumidor insaciable de objetos y de noticias manipuladas pero vacío de tradición y forma interior, hombre producto, *mecanizado* en el sentido de de *Le rire* de Bergson, y que reconocemos en *El Buscón*. También Neil Postman en su crítica del consumismo tecnológico posmoderno asociaba, como Quevedo, diversión y muerte: *Amusing Ourselves to Death*.⁸³ Sucesor de los “chisgaravises”⁸⁴ satirizados en *Los sueños* y moralizados por Gracián como seres impersonales incapaces de “dar razón de sí”⁸⁵, la distraída y cosificadora mirada -poseída por el “pensamiento único” del sistema- del consumidor contribuyente posmoderno, estandarizado, tecnoformo, lobotomizado y espionado, carente de sensibilidad metafísica no es ya capaz de memoria histórica ni de rebelión política. En este sentido no puede decirse que *diversión* y *advertimiento* no sean también hoy conceptos operativos, vivos.

Obras citadas

- BERGSON, Henri: *Le rire. Essai sur la signification du comique*, París, Éditions Alcan, 2000 (1924).
- CERVANTES, Miguel de: *El Quijote*, ed. de Martín de Riquer, Barcelona, Juventud, 1950.
- D’ORS, Eugenio, *La filosofía del hombre que trabaja y la filosofía del hombre que juega*, (1914), Madrid, Libertarias/Prodhufo, 1995.
- FICINO, Marsilio: *Theologia platonica. De immortalitate animorum*, XIV, 7, París, 1559.
- GRACIÁN, Baltasar: *El Criticón*, ed. Santos Alonso, Madrid, Cátedra, 1996.
—*Agudeza y arte de ingenio*, ed Emilio Blanco, Madrid, Cátedra, 1998.

⁸² J. A. Maravall (1975).

⁸³ N. Postman (1985). Sobre la interrelación de diversión y muerte en la poesía de Quevedo: H. Sánchez M. De Pinillos (1991).

⁸⁴ F. De Quevedo (1993), p. 363.

⁸⁵ B. Gracián (1996), p. 299-300.

- HEGEL, G. W. F.: *Discursos sobre la Filosofía de la Historia*, tr. J. Sibree, Londres, Goerge Bell & Sons, 1881.
- HUIZINGA, Johan: *A Study of the Play-Element in Culture*, Boston, Beacon Press, 1955.
- KEMPIS, Tomás de: *Imitación de Cristo*, trad. Fray Luis de Granada, Madrid, Aguilar, 1989.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Ocio y trabajo*, Madrid, Revista de Occidente, 1960.
- LÁZARO CARRETER, Fernando, *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 1997.
- LÓPEZ ARANGUREN, José Luis: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Revista de Occidente, 1952. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- LUIS DE LEÓN, Fray: *Poesías*, ed. P. Ángel C. Vega, Madrid, Saeta, 1955.
- MACHADO, Antonio: *Poesías completas*, México, Espasa-Calpe, 1940.
- MARAVALL, José Antonio, *La cultura del Barroco*, Madrid, Ariel, 1975 (Revisada, 1980).
- MAURER, Christopher: “Interpretación de la *Epístola satírica y censoria* de Quevedo», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 361-362, (1980), pp. 93-101.
- METGE, Bernat, *Lo somni*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1985.
- NIETZCHE, Friedrich, *El ocaso de los ídolos*, Ed., trad, pról. Roberto Echevarren, 2009.
- ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente, 1930.
- *Ensimismamiento y alteración. Meditación de la técnica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1939.
- “Sobre la caza”, prólogo a *Veinte años de caza mayor* del conde de Yebes, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.
- *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, Buenos Aires, Biblioteca de la Revista de Occidente, Emecé Editores, 1958.
- *Ideas del teatro*, Madrid, Revista de Occidente, 1977 (Primera edición: 1958).
- PASCAL, Blaise: *Pensées*, intr. Dominique Descostes, París, Garnier-Flammarion, 1976.
- PIEPER, Josef: *Leisure. The Basis of Culture*, intr. T. S. Eliot, Nueva York, Pantheon Books, 1952.
- PLATÓN: *Teeteto, o de la ciencia*, Trad J. A. Míguez, Madrid, Buenos Aires, México, Aguilar, 1960.
- POSTMAN, Neil, *Amusing Ourselves to Death; Public Discourse in the Age of Show Business*, Nueva York, Penguin, 1985.
- QUEVEDO, Francisco de: *España defendida*, ed. Selden Rose, Madrid, Boletín de la Real Academia de la Historia, T. 69, 1916.
- *Política de Dios, Gobierno de Cristo*. ed. James O. Crosby, Madrid, Castalia, 1966.
- *Poesía original completa*, ed. José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1990.

- *Obras completas. Prosa*, 2 vols. Estudio preliminar, edición y notas Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1992 (sexta reimpresión).
- *Poesía moral (Polimnia)*, ed. A. Rey. Madrid y London, Támesis, 1992b.
- *Sueños y discursos*, Ed., introd. y notas James O. Crosby, Madrid, Clásicos Castalia, 1993.
- REY, Alfonso: «Concepto de nobleza y visión de la guerra en la obra de Quevedo», en *Rostros y máscara: Personajes y temas de Quevedo*, Pamplona, EUNSA, 1999, pp. 133-160.
- SÁNCHEZ M. DE PINILLOS, Hernán: «Intensidad de doctrina y sentimiento en el tiempo en un poema moral de Quevedo», en *Romanische Forschungen*, 103/4, (1991), pp. 402-424.
- «El salmo XVI de *Heráclito Cristiano* de Quevedo: una lectura interpretativa e intertextual del soneto». *Studi Ispanici*, 3: 19-48, 1991/1993.
- «Un nuevo estado de conciencia: la interioridad vacía en el soneto ‘Ah de la vida’ de Quevedo.» *Revista de Estudios Hispánicos* 24 (1997): 37-55.
- «Elementos sagrados y profanos en la poesía de Quevedo», en *La Perinola. Revista de Investigación Quevediana*, 9, (2005), pp. 183-213.
- SÉNECA, Lucius Annaeus: *IV Epistulae Morales I. Books I-LXV*. Tad. Richard M. Gummere en *Moral Essays in Three Volumes*, Cambridge, Londres, Harvard UP, 1917.
- SCHILLER, Friedrich, *Kallias : cartas sobre la educación estética del hombre*, trad. de J. Feijoo y J. Seca Gil, Rubí, Anthropos, Editorial del hombre, 1990.
- VALERY, Paul: *Le Cimetière Marin*, Ed. y trad. Graham Dunstan Martin, Austin, University of Texas Press, 1971.
- VIVES, Juan Luis: *Obras completas*, tomo Segundo, ed. y trad. Lorenzo Riber, Madrid, Aguilar, 1947.
- YNDURÁIN, Francisco: «Sobre el pensamiento de Quevedo», en *Relección de clásicos*, Madrid, Prensa Española, 1969, pp. 171-214.
- ZUBIRI, Xavier: *El problema filosófico de las religiones*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.